

La situación económica en 1954

A pesar de las dificultades mencionadas, la política económica desarrollada entre 1952 y 1953, de cierta reorientación hacia el agro y desaceleración del proceso inflacionario, permitió remontar las dificultades y reemprender el camino del desarrollo y la redistribución del ingreso. Jauretche, que había manifestado profundo desagrado ante la designación de Alfredo Gómez Morales como ministro de Economía, reconoció, años después, que se había equivocado y que este había logrado sanear la economía y ponerla nuevamente en condiciones favorables. En este aspecto, se ha creado la errónea imagen de una declinación acentuada del proceso de Liberación Nacional durante 1954 y 1955 –especialmente por los informes dados con posterioridad por los golpistas del 55– por lo que resulta interesante recurrir a una fuente insospechada de toda simpatía por el peronismo: el investigador norteamericano Arthur P. Whitaker. Este autor manifiesta que “tanto el régimen de Perón como la economía del país capearon la crisis sin sufrir manifiestos daños perdurables, que el consumo permaneció en un nivel moderadamente alto en la peor época, de manera que en todo el período 1946-1952 el promedio de consumo mostró un aumento considerable de 3,5% por año, que incluso en 1952 la Argentina todavía conservaba el 22 % de la producción bruta total de América latina y que 1953 se destacó por una recuperación promisoriosa”¹¹. En 1953, el nivel de las exportaciones se ha recuperado, superando el de años anteriores, la balanza comercial de 1953 y 1954 arroja resultados positivos¹².

En el mismo sentido, se lleva a cabo una política dirigida a favorecer a las cooperativas agrarias: de 258 cooperativas que existían en 1949, se pasa a 696 en 1954, resultando un aumento de asociados de: 85 000 a 223 724. La población escolar, en la enseñanza media, que era de 143 000 alumnos en 1940 alcanza a 446 600 en 1954. La población universitaria pasa de 47 387 estudiantes en 1945 a 138 628 en 1955¹³. En el mismo período, el número de camas disponibles en los hospitales asciende de 57 000 a 132 000. El índice de mortalidad infantil baja de 90 por mil a 67 por mil. El consumo de gas pasa de 8 000 000 de m³ en 1946 a 318 000 000 en 1954.

Con referencia a este período, Jauretche sostiene, poco después: “En el país se producen llantas, ejes para vagones, cigüeñales para locomotoras, cilindros, calderas, zorras de vías, repuestos de todas clases, material para vías y obras, sistemas de señalización, etc.”¹⁴. Después de dar nombres de varias empresas de material ferroviario, agrega otras dedicadas a la producción de coches subterráneos, calderas, remolcadores, barcasas y menciona varios astilleros. Precisamente, en materia de astilleros, Llairó y Siepe rescatan no solo la importancia del astillero Río Santiago, sino la creación de AFNE (Astilleros y Fábricas Navales del Estado) en 1953 como empresa estatal impulsora de nuestra industria naval¹⁵. Por su parte, Whitaker señala que “hasta 1938 la importación extranjera satisfacía todos los requerimientos de hierro y acero del país. En ese año la producción nacional comenzó con unas modestas 5000 toneladas, que crecieron hasta ser 55 000 en 1942 [...]. En 1946, la cifra había aumentado a 170 000 [...]. Luego subió a 200 000 toneladas”¹⁶. Señala que las

¹¹ Whitaker, Arthur: *La Argentina y los Estados Unidos*, Buenos Aires, Proceso, 1956, p. 199.

¹² Instituto de Economía Bancaria, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, 1959.

¹³ Luna, Félix: ob. cit., tomo I, p. 391.

¹⁴ Jauretche, Arturo: *Los profetas del odio*, ob. cit., p. 126. Respuesta a Julio Irazusta.

¹⁵ Llairó, Monserrat y Siepe, Raimundo: *Perón y la política marítima en la Argentina: la Flota Mercante del Estado, 1946-1955*, Buenos Aires, Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo, Documentos de Trabajo N° 12, noviembre de 2001, en www.ceid.edu.ar/.../ceid_serie_dt_12_llairo_siepe_argentina_la_flota_mercante_del_estado.pdf

¹⁶ Whitaker, Arthur: ob. cit., p. 211.

plantas de laminación alcanzan, por entonces, a cinco. Y menciona, asimismo, la creación de SOMISA, como punto de partida de nuestra industria siderúrgica. Por otra parte, en Córdoba, a través de IAME, empresa estatal dependiente del ministerio de Aeronáutica, y de su subsidiaria, DINFIA, se inicia la industria automotriz argentina. Con más de 150 operarios, IAME produce, a partir de 1952, diversos tipos de automotores: el Sedán Graciela, con motor Wartburg proveniente de Alemania Oriental, el automóvil deportivo “Justicialista”, el “Institec”, la camioneta “Rastrojero”, así como los tractores “Pampa” y las motocicletas “Puma”. (En esta materia automotriz, las necesidades de inversión llevan al gobierno al acuerdo con FIAT, del cual IAME quedará reducida a IME –Industrias Mecánicas del Estado–, así como a la radicación de la norteamericana Kaiser y al avanzado proyecto con Mercedes Benz que se frustra a partir de 1955).

En relación con las transformaciones industriales, el economista Eduardo Jorge sostiene que “si bien el término sustitución de importaciones es correcto (para la etapa iniciada en 1935) pues ni el objetivo ni las características que adquirió el proceso fueron la implantación de una estructura agroindustrial”¹⁷, considera que sería erróneo aplicarlo al período posterior, donde habría que hablar lisa y llanamente de industrialización.

Con respecto al nivel de desarrollo general de la industria, resulta importante el argumento de Jauretche, quien señala que el déficit de transporte y energía –en 1954 y 1955– no revela estancamiento ni retroceso, sino, por el contrario, el crecimiento más rápido de las fábricas en relación con la producción de camiones y usinas (aun cuando es notable el avance de Agua y Energía en el desarrollo hidroeléctrico). “Si el país no hubiera crecido extraordinariamente en los últimos diez años –sostiene Jauretche– no existiría problema alguno de Energía [...] Esos desajustes no son exponentes de una crisis económica, sino la negación de aquella [...] Cuando hay crisis, no hay problema de falta de energía, o de transporte”¹⁸.

Por estas razones –y más allá de contradicciones, desajustes e incluso retrocesos– puede afirmarse que entre 1946 y 1955 en la Argentina se desarrolla un proyecto económico nacional, con participación de los trabajadores en el ingreso nacional superior al 50%.

El resultado de las elecciones para elegir vicepresidente, realizadas en abril de 1954, confirma la vitalidad del peronismo, que duplica los votos del Radicalismo (casi 5 000 000 contra 2 490 000) reducidos el resto de los partidos a mínimas expresiones (Demócratas 1,3%, comunistas 1,1%).

Crisis y desintegración del frente nacional

Pero, no obstante el recupero logrado por la economía después del período de emergencia que signó los comienzos del segundo período presidencial, el frente policlasista que sustentaba el liderazgo del Gral. Perón comienza a agrietarse. La renta agraria diferencial se ha reducido como consecuencia de la recuperación de la economía de las grandes potencias y la política protectora del agro que dio en llamarse “la Europa verde”. Asimismo, se ha producido una desaceleración en el ritmo de crecimiento, que si bien está lejos de constituirse en crisis económica, disminuye la alta rentabilidad que los empresarios “nacionales” obtuvieron en los primeros años del peronismo. Estos exigen ahora mayores ganancias y por eso reclaman el mecanismo clásico para obtenerlas: reducir las conquistas de los trabajadores. El Congreso de la Productividad, realizado en marzo de 1955, lleva ese propósito. Aun el más lúcido de estos nuevos empresarios –José

¹⁷ Jorge, Eduardo: *Industria y concentración económica*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 121.

¹⁸ Jauretche, Arturo: *El Plan Prebisch, retorno al coloniaje*, Buenos Aires, Ediciones “45”, 1955, pp. 24 y 31.

Ber Gelbard- llega a expresar en ese cónclave que no puede admitirse que con un silbato el delegado de fábrica alcance más poder decisorio que el dueño de la empresa. La resistencia de la CGT a ceder conquistas, en dicho congreso, conduce a un empate de fuerzas, pero gran parte del empresariado manifiesta disgusto y escasa vocación por mantenerse como columna del frente nacional.

Por otra parte, la cúpula de la Iglesia Católica también entiende que la clase trabajadora ha recibido demasiadas ventajas y demasiado protagonismo, por lo cual estima que se va camino hacia una radicalización que muy pronto puede cubrir de banderas rojas la Plaza de Mayo. Ella admira el resultado de la política demócrata cristiana, en Italia y Alemania, que ha cerrado el paso a la izquierda en la posguerra y prefiere ahora construir algo semejante y desentenderse de la disciplina impuesta por el líder dentro del frente. Así, toma distancia creando el Partido Demócrata Cristiano, lo cual provoca el enojo de Perón y el inicio de un conflicto que al poco tiempo convierte a cada sacristía en un comité político antiperonista. A su vez, los capellanes influyen sobre los hombres de las Fuerzas Armadas, atizando el fuego con el peligro del comunismo. El libro *Los panfletos*, que recoge la prensa católica y sus volantes entre 1954 y 1955, resume el proyecto golpista al cual se ha lanzado la institución, bajo la consigna "Cristo Vence". Por otra parte, las negociaciones del gobierno con la petrolera norteamericana -probablemente porque Perón entiende que así resolverá el déficit energético- irritan a los nacionalistas, tanto civiles como militares, que asumen la bandera antiimperialista para enfrentar decididamente al gobierno.

De este modo, se abren grietas en las columnas que sustentan al gobierno. A ello, se agrega un proceso de burocratización en las alturas del poder que dificulta cada vez más el funcionamiento de "la comunidad organizada" con su conducción pendular.

Los desplazamientos a derecha e izquierda -tocando los límites extremos de "la comunidad organizada"- signan así el curso peronista de esos momentos cruciales. Esos desplazamientos resultan a menudo desconcertantes, como sucede ante el golpe armado por la United Fruit contra el gobierno revolucionario de Guatemala encabezado por Jacobo Arbenz: el gobierno argentino, junto al mejicano, se niega a avalar la maniobra yanqui en la reunión de la OEA y, luego, producido el golpe, da asilo a más de cien adictos a Arbenz... pero finalmente aloja a veintinueve exiliados en la cárcel de Villa Devoto. La conducción pendular opera ahora de manera menos gradual, inclinándose a peligrosos bandazos, a consecuencia de las mayores presiones.

El bombardeo del 16 de junio de 1955

Atacado por la Iglesia, el gobierno responde frenéticamente, no escatimando insultos a los pastores, hasta que la procesión de Corpus Christi -11 de junio de 1955- se constituye en ocasión propicia para una arremetida opositora que gana las calles, mezclados sacerdotes y seminaristas con ateos de diversos partidos políticos. Los volantes repartidos en esa manifestación pretenden alertar al pueblo acerca de la marxistización del gobierno, que atentaría contra la propiedad privada y armaría milicias populares bajo la explosiva mezcla de nacionalismo y marxismo. La quema casual de una bandera argentina -al intentar un manifestante el apagón de una llama votiva, en la fachada del Congreso, en homenaje a Evita- exalta aún más el enfrentamiento.

Cinco días después, el país asiste a uno de los espectáculos más horrorosos de su historia: el bombardeo de la Casa de Gobierno, la Plaza de Mayo y sus adyacencias por fuerzas aeronavales. Con el propósito de matar a Perón, los insurrectos descargan sus bombas provocando un escenario dantesco de fuego, pólvora y sangre en el que son asesinados



Víctimas del bombardeo a la Plaza de Mayo, perpetrado por la Fuerza Aérea el 16 de junio de 1955.

384 civiles, aunque algunos periodistas estiman que el número es mucho mayor, llegando a estimarse en dos mil. El golpe tiene por jefes a Samuel Toranzo Calderón, Benjamín Gargiulo, Francisco Manrique y otros altos oficiales de la Marina, al general León Bengoa en el Ejército y la participación civil está liderada por el radical Miguel Ángel Zavala Ortiz, el "socialista" Américo Ghioldi y el conservador Oscar Vichy, interviniendo asimismo comandos civiles en los que participan furibundos opositores, entre ellos, Mariano Grondona. Pero la insurrección fracasa: Manrique no logra sublevar a la base naval de Puerto Belgrano, el Almirante Rojas se declara leal en Río Santiago, Bengoa no puede viajar al litoral para liderar el alzamiento de ese cuerpo militar y solo el Ministerio de Marina, las bases aeronavales de Punta de Indio, Ezeiza, y luego Morón, integran el alzamiento. El resto de las Fuerzas Armadas permanece leal y los insurrectos del Ministerio de Marina, atacados por el motorizado Buenos Aires y otras fuerzas, se ven obligados a rendirse.

Historiadores que proclaman la necesidad del rigor científico en sus relatos, aun los más celebrados por la prensa, no registran víctimas en este episodio. Así lo describe Tulio Halperín Donghi: "El 16 de junio -cinco días después de la desafiante procesión de Corpus- estallaba un alzamiento apoyado sobre todo por la marina de Guerra. Luego de horas de combate en torno del edificio del Ministerio de Marina y de un bombardeo y ametrallamiento aéreo del centro de la capital por los revolucionarios, el gobierno pudo sofocar el reducido núcleo insurgente"¹⁹. Sin ningún otro comentario o información, este historiador, que es el pope máximo de la corriente historiográfica denominada Historia Social, continúa de este modo: "Esa noche, tras una concentración convocada por la Confederación General del Trabajo cuando aún duraban las acciones aéreas, las iglesias del centro de Buenos Aires fueron incendiadas; no resulta difícil comprender que, luego de ver caer a su lado a las víctimas del fuego rebelde [¿dos, cuatro, trescientos ochenta, dos mil?, no parece interesarle la dimensión de la masacre], algunos de los manifestantes ha-

¹⁹ Halperín Donghi, Tulio: *La democracia de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1991, pp. 82 y 83.

yan visto en esos incendios una justa venganza; aun así, la espontánea cólera de una muchedumbre, por otra parte raleada por la prudencia no basta para explicar la uniforme eficacia que la operación mostró en todas partes: al día siguiente otras muchedumbres comenzaban a recorrer, heridas en sus sentimientos piadosos (a veces algo improvisados), los templos cuyos muros calcinados dejaban ver —eliminados por el fuego los agregados de épocas más recientes y prósperas— los ladrillos pacientemente amontonados por los albañiles del setecientos²⁰. El autor parece conmoverse ante “los muros calcinados”, producto del trabajo paciente “de los albañiles del setecientos”, desinteresándose por los compatriotas masacrados y aún más, deja correr una ironía: “una muchedumbre raleada por la prudencia”. Ignora, no obstante su altísima profesionalidad investigativa, desarrollada en Estados Unidos, que fueron muchos los obreros que concurrieron, algunos con armas y otros, solo con palos, y que un grupo de ellos increpó a los aviones que huían, desde Paseo Colón a la altura de la CGT, siendo ametrallados desde el aire y que allí fue acribillado el militante Héctor Pessano, en una actitud solo explicable por el odio de clase. Este historiador tampoco señala que el gobierno pudo haber fusilado a los cabecillas del golpe, pero que no lo hizo y solo los sometió a un juicio del que resultó pena de prisión y sanción militar.

La amable y “comprensiva” interpretación de T. Halperín Dongui fue sacralizada y perduró largo tiempo en los medios y en la enseñanza. Por el contrario, tuvo escasa circulación esta opinión de Ernesto “Che” Guevara, dada desde México, el 20 de julio de 1955: “Otros, digo, para quienes no hay escapatoria posible ante la historia es para los mierdas de los aviadores que después de asesinar gente a mansalva se van a



Víctimas del bombardeo a la Plaza de Mayo perpetrado el 16 de junio de 1955.

²⁰ *Ibid.*, p. 83.

Montevideo a decir que cumplieron con su fe en Dios; es impresionante que la gente lllore porque le quemaron su iglesia dominguera, pero le parece la cosa más natural del mundo que revienten la cantidad de ‘negros’ que reventaron. No te olvides que muchos de ellos fueron a morir por un ideal, pues eso de la compulsión no puede ser cierto sino en parte, en todo caso, y que cada ‘negro’ tenía su familia que mantener, y que los tipos que dejan en la calle a la familia del ‘negro’ son los mismos que se van al Uruguay a darse golpes en el pecho por la hazaña de machos. Otra cosa importante es la cantidad de “gente bien” que murió fuera de los casos fortuitos, eso mismo indica el carácter de la gente que iba a derrocar a Perón y el futuro que esperaba a una Argentina gobernada por un Olivieri o un Pastor...”²¹.

Sofocado el golpe, el Presidente intenta reorganizar y depurar sus fuerzas para lo cual designa a Alejandro Leloir, de trayectoria yrigoyenista, cercano al forjismo, como presidente del Partido Justicialista y a John William Cooke (nacionalista revolucionario, por entonces, quien había tiroteado a los marinos insurrectos), como interventor del justicialismo en el distrito Capital, lo que revela el propósito de desembarazarse de una burocracia asfixiante que el mismo General ha denunciado como “grupo de alcahuetes” que se ocupan solamente de “negociados y coimas”.

Sin embargo, el líder no concreta una contraofensiva política, sino que intenta atemperar los ánimos hasta que poco después propone la gran conciliación nacional. Es decir, se desplaza desde una posición dura, expresada en la furibunda campaña periodística anticlerical, a una posición conciliadora que formula el 15 de julio anunciando que ha dejado de ser “el jefe de la revolución para ser el presidente de todos los argentinos”. Ya antes, en 1953 había ofrecido sus brazos afectuosos a la oposición provocando la aceptación de Federico Pinedo, aunque luego las tratativas se frustraron. Ahora también la “pacificación” es desechada por los partidos antiperonistas, cuyos líderes se expresan por radiofonía con acerbos críticas al gobierno.

El rechazo de la oposición a su política conciliadora conduce a Perón al discurso del 31 de agosto, en el que se compromete a seguir adelante con su política popular y amenaza con que “por cada uno de los nuestros que caiga, caerán cinco de los de ellos”. De la pacificación a la guerra en pocas horas significa, para los opositores, una prueba de la falsedad de Perón o para otros, de su psicología ciclométrica. Pero solo es resultado directo de lo que ocurre debajo de las aguas: mientras la burguesía nacional presiona para conciliar intentando asegurar, por sobre todo, la continuidad capitalista y poner en caja a los obreros exigentes, estos, confusamente, apuntan a trascender los límites en que parece empantanarse el proceso de Liberación Nacional.

Las columnas que sustentaron el liderazgo de Perón desde hace una década se hallan gravemente deterioradas, los cimientos crujen y el frente nacional amenaza con desintegrarse.

Ya los proyectos resultan demasiado antagónicos como para avanzar a través de una síntesis. Ya la indefinición se torna debilidad ante los problemas acuciantes sin resolver. Del frente del 45, casi nada queda, ahora que un importante sector del Ejército, bajo la influencia del nacionalismo clerical, se torna opositora. Tampoco la burguesía nacional está dispuesta a seguir a Perón en sus “desvaríos” del 31 de agosto. Asimismo, sectores de clase media de modestos recursos también amainan sus entusiasmos por ese Perón que en momentos críticos distrae demasiado tiempo en el deporte, resultando su preocupación por la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) un argumento más para la oposición, que opera sobre la moralina de la pequeña burguesía.

²¹ Carta de Ernesto Guevara a su madre, 20/7/1955. Publicada por su padre, Ernesto Guevara Lynch, en *Aquí va un soldado de América*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 2ª ed., 1988, pp. 103 y 104. El Che se refiere al marino Aníbal Olivieri y al dirigente conservador Reynaldo Pastor.

Aquel poderoso frente nacional del 45 ya no existe. Solo la clase trabajadora permanece sosteniendo al gobierno. La oligarquía comprende el peligro que la acecha y la oportunidad que se le presenta. En ese escenario político, se produce el golpe militar del 16 de septiembre de 1955.

Derrocamiento de Perón

El golpe se inicia con el levantamiento del Gral. Lonardi en Córdoba, contando con la sublevación que realizaría el Gral. Aramburu en el litoral y la insurrección de la Marina con base en Río Santiago y en Puerto Belgrano. Solo los trabajadores reclaman armas para jugarse "la vida por Perón" en esos días tremendos de septiembre: sesenta camiones repletos de obreros, convocados por el gremialista Armando Cabo, esperaron armas para marchar sobre la Córdoba insurrecta. Tanto la burguesía nacional como la Iglesia y un sector de las Fuerzas Armadas han avizorado, con terror, "hordas rojas" en las plazas de la Argentina. Sin embargo, apoyándose en los mandos leales de las Fuerzas Armadas -aun sin recurrir a la movilización y armamento de los obreros- el gobierno hubiera podido conjurar el golpe. Así surge de las memorias de los participantes (tanto de los hijos del general Lonardi, como de los recuerdos de Bonifacio del Carril). El general Aramburu es derrotado en el litoral; la insurrección de la Base Naval de Río Santiago es sofocada; Lonardi, en Córdoba, controla "apenas el metro cuadrado de suelo que pisa" -según recuerda Bonifacio del Carril-, mientras las fuerzas de Morelos e Iñíguez avanzan hacia Córdoba y tropas al mando de Sosa Molina se dirigen a Puerto Belgrano. Solo la flota comandada por Isaac Rojas -que había sido desactivada por el gobierno y ahora abastecida de espoletas en alta mar por buques ingleses²²- se convierte en el reducto más difícil de sofocar, pero con ella solamente no es posible derrocar al gobierno. Campo de Mayo y otras unidades importantes continúan leales a los dos días de iniciada la lucha, lo mismo que la casi totalidad de la aviación. El Gral. Lagos se ha insurreccionado en Mendoza, pero uno de los regimientos lo hace cantando la Marcha Peronista, suponiendo que va en ayuda del gobierno. En Santiago del Estero, cuando el Gral. Iñíguez se informa de la renuncia del Presidente, se desconcierta y estalla en un acceso de furia.

¿Por qué, entonces, Perón no reprime a los insurrectos? Él dirá, en primer término, que recordando el drama de la guerra civil española quiere, por sobre todo, "evitar el derramamiento de sangre entre hermanos", aunque era previsible, como ocurrió, que la sangre derramada, sería, en el caso de una derrota, la de sus propios militantes. Después, argumentará que su renuncia fue entregada a un grupo de generales, solo para negociar una solución y que estos lo traicionaron. Jauretche, por su parte, sostuvo que la egolatría de Perón lo llevó a considerar que el golpe militar era contra su persona y no contra el pueblo, ni contra el proceso de Liberación. Si hubiese sido lo primero -comenta Jauretche- era correcto no derramar sangre por un hombre, pero el golpe oligárquico era contra el proceso de Liberación Nacional que el pueblo estaba desarrollando y por esta razón, era necesario combatir.

Creemos, sin embargo, que existieron causas más profundas que condujeron a la renuncia del presidente y que ellas están dadas por esa encrucijada que vivió el peronismo, sin lograr resolverla, entre 1953 y 1955.

Es cierto que Perón evidenciaba en esos años un gran cansancio y una gran soledad, como él mismo lo manifestará. A la desaparición de Evita y la pérdida del empuje de los

²² Tanto Oscar Alende como Raúl Scalabrini Ortiz se refieren a este apoyo de barcos ingleses, en alta mar, a la flota de mar insurrecta.

primeros años, le siguió la conformación a su alrededor de una burocracia obsecuente y asfixiante. Lo que va de Mercante -rodeado del equipo forjista- a Aloé, blanco de los chistes de la oposición, es una distancia tan apreciable como la que se verifica en el campo gremial, desde Armando Cabo a Di Pietro, quien aconsejó paciencia en 1955 porque los golpistas prometían respetar las conquistas sociales. Lo que va del Perón que lanzaba fuertes invectivas contra la oligarquía ("las fuerzas vivas son los vivos de las fuerzas") o reivindicaba a la Revolución Rusa en el Colegio Militar, en agosto del 45, al Perón demasiado absorbido por el deporte en 1954, señala también el agotamiento. Pero en lo profundo de los acontecimientos -más allá de factores personales- es más razonable suponer que el General comprendió que se encontraba ante límites infranqueables que la realidad oponía a sus propósitos.

Ante la encrucijada, ante el camino que se bifurcaba, él no estaba dispuesto a optar: el peronismo no gobernaría sin expresar a esos obreros que lo habían rescatado aquel glorioso 17 de octubre, pero tampoco daría un salto en el vacío profundizando transformaciones económicas y sociales que lo llevarían, seguramente, demasiado lejos, por rumbos imprevisibles. Ante esa disyuntiva insoluble, juzgó preferible apartarse en la plenitud de su prestigio, conservando la lealtad fervorosa de las masas, a desgastarse bajo presiones contradictorias a las cuales ya no podía -como antes- sintetizar en una política superadora.

El retorno oligárquico del 55 (proimperialismo, política antipopular, persecución a los sindicatos, intento de destrozarse la memoria de aquellos años) deviene así directamente de la negativa de Perón a convertirse en títere de una burguesía traidora y un imperialismo rapaz, así como de su impotencia para dar una salida revolucionaria, dada la ideología expresada en la "comunidad organizada" como correlato del frente policlasista. Por esta razón, el proceso de Liberación Nacional se interrumpe, la Revolución queda inconclusa. La película deja de proyectarse hacia adelante mientras los más fervorosos gorilas del 55 pretenden incluso dar vuelta los carretes para regresar al 3 de junio de 1943.

A partir de esta derrota, el peronismo inicia una experiencia nueva, con su líder desterrado, convertido su nombre en palabra impronunciable, con los sindicatos intervenidos y sus delegados presos, con los trabajadores poniendo en marcha una heroica gesta: "la resistencia".